

su parte, incide en la importancia de valorar la cultura cinematográfica como objeto de estudio, más allá de los convencionales planos de la política y la economía, mejor conocidos. Las consecuencias de esta elección son importantes, desde el punto de vista de las periodizaciones: con su obra, Marta García Carrión rompe con las barreras cronológicas convencionales, basadas en los cambios institucionales y políticos, y demuestra cómo la cultura, la propia sociedad, siguen un ritmo más complejo; pues, por ejemplo, a pesar de la transición de un sistema dictatorial a uno democrático, el año 1931 no representa un cambio importante en las críticas realizadas al cine, en las reivindicaciones de los escritores.

Y es que los cambios repentinos en la sociedad no existen, no en la Historia escrita desde abajo. Y es por ello que *Por un cine patrio* resulta ser, desde una perspectiva general, más que un estudio sobre el arte o el ocio: es un legítimo reclamo de los Estudios Culturales por ocupar el espacio que les corresponde por derecho en el mundo académico.

Pablo SÁNCHEZ LÓPEZ

Universidad Complutense de Madrid

GONZÁLEZ POSADA, Carlos: *Diario de la revolución y de la guerra (1936-1939)*, Granada, Comares, 2011, 323 pp.

La Guerra Civil dirimió muchos conflictos latentes en la sociedad de preguerra, al mismo tiempo que dio origen a un régimen nuevo, el franquismo, que haría de ésta su principal fuente de legitimidad. Pero la conflagración también marcó de por vida a los españoles que –en el frente o en la retaguardia– la vivieron intensamente. Los ciudadanos hubieron de identificarse irremediamente con alguno de los dos bandos beligerantes, en unos momentos en que la tibieza no era una opción. Durante la misma, muchos quisieron dejar testimonio de aquellos días de heroísmo y de miedo, de esperanza y dolor. Buena parte de estos lo hicieron llevados por sus pasiones, por sus ideas o por lo que les había sucedido a ellos o a los suyos. Pocos, sin embargo, fueron los que mantuvieron una visión sosegada de cuanto acontecía o vieron algo de bondad en los enemigos a los que combatían. Y menos fueron los relatos que mostraron cambios de actitudes o inseguridades propias del ser humano en aquel tiempo de sangre y lágrimas.

Por ello, el *Diario de la Revolución y de la guerra* resulta una obra de tanto interés para quienes quieren conocer otra dimensión de la Guerra del 36. Al contrario que los exaltados relatos que conformaron la “literatura de Cruzada”, el testimonio de Carlos Posada no fue escrito para transmitir a los españoles los “desmanes” u “heroísmos” de uno u otro bando. Sus escritos eran la manera de dar salida a la maraña de sentimientos que se agolpaban en su mente en aquellos trágicos años. Emplear unos minutos al día, a solas, con sus cuartillas, se convirtió en la vía tomada por Posada para evadirse

de la desdichada realidad que vivía. A través del diario, el autor nos deja entrar en sus opiniones más íntimas sobre la guerra y los acontecimientos internacionales y conocer sus más profundas preocupaciones. El relato de Posada refleja experiencias personales, pero ofrece numerosas pistas sobre cómo debieron pensar y reaccionar individuos que, como él, mantuvieron actitudes cambiantes y contrapuestas y tomaron decisiones o variaron sus comportamientos en función de los acontecimientos.

La obra de Carlos González Posada se abre con un estudio preliminar por parte de Miguel Ángel del Arco Blanco, imprescindible para entender en su totalidad el diario. En él, *Del Arco* ofrece al lector un recorrido por la trayectoria vital e ideológica de Posada en el primer tercio del siglo XX. Fundamental para comprender el pensamiento de Carlos Posada es su pertenencia a una familia acomodada, la formación en España y en el extranjero y el contacto con las ideas liberales. En aquellos años turbulentos marcados por la Gran Guerra y el crecimiento del obrerismo, siempre se mostraría – como muchos católicos de clase media y alta– defensor del orden y preocupado por el avance del “fantasma de la revolución”. Sus principios liberales le harían acoger con entusiasmo la llegada de la II República a España. Pero el aumento del extremismo y la conflictividad no gustaban a gente que, como Posada, amaban el orden y la paz social. La Guerra Civil supuso para él, como para el conjunto de la sociedad española, un antes y un después. A partir de julio de 1936 todo sería diferente. Ocho cuadernos recogerían las impresiones, las emociones, los sufrimientos y los cambios de pensamiento de Carlos Posada.

Las primeras líneas las escribe en Madrid. El periodo vacacional provocó que muchos familiares y amigos quedaran separados. En los primeros meses de la guerra, Posada se siente “en una ratonera” según sus propias palabras. Los relatos que iban llegando a sus oídos y sus propias experiencias le hicieron sentir inseguro y ayudaron a que, progresivamente, sus ojos dejaran de ver un “Madrid republicano” para ir viendo un “Madrid rojo”. Las noticias de fusilamientos, los bombardeos o la escasez de alimentos se convirtieron para él en motivos suficientes para plantearse la salida de la capital de España tratando de huir de la vorágine bélica. El “terror caliente” de estos primeros meses le marcaría durante toda su vida. Se había convertido en un decidido seguidor de la causa de Franco.

En enero de 1937, Posada decide irse de Madrid. Para entonces, la estereotipada imagen del “rojo” ya estaba presente en su pensamiento. Ve al país dominado por “un público grosero y bárbaro de milicianos y arpías” que cree necesario combatir. Católico convencido, las quemadas de iglesias, los asesinatos de curas, o el hecho de que a su hija Lucila le rompieran un devocionario en la frontera con Francia, le afectaron enormemente. La salida del país supone una liberación para él y su familia. Su nacionalismo español, su catolicismo y su antimarxismo le llevaron a rechazar una democracia a la que había apoyado años atrás. Y estos factores también le impulsaron a volver a España a inicios de 1938. En sus escritos muestra verdadero interés por el desarrollo de la guerra y trata de emprender una nueva vida bajo la “seguridad” que parecía garantizarle la España de Franco. En San Sebastián primero y en Burgos después, vierte en su diario los pensamientos derivados de sus más profundas convicciones y creencias. Por un lado, aumenta su odio hacia los “enemigos de España”, azuzado por los relatos del “terror rojo” que conoce a través de amigos y

familiares. Por otro, las tentativas revolucionarias que muestra el falangismo, chocan con su ideología que ansía la vuelta de la normalidad.

A la altura de febrero de 1938, Carlos Posada aparece crecientemente preocupado por la resolución de su expediente de depuración, por haber sido secretario de Julián Besteiro. Pero también cada vez más convencido de pertenecer al bando correcto. En estos momentos, ha interiorizado perfectamente el discurso del “terror rojo”, que le lleva a justificar el castigo del enemigo: “la canalla marxista y semita, no pagaría con cien vidas el daño que está haciendo. Sinceramente lo digo: deseo el exterminio total de los rojos”. Esto, sin embargo, no le impidió ser consciente de las fisuras existentes en el bando franquista, al que únicamente ve unido por su deseo de alcanzar la victoria y acabar con los “rojos”. A pesar de lo dicho, con el paso de las semanas, a Carlos Posada le empezó a invadir la desesperación y la desilusión. Desesperación porque su expediente seguía sin resolverse y veía peligrar su futuro. Desilusión, porque ya empiezan a llegarle noticias de la feroz represión franquista en su Asturias natal. Una represión que, en el plazo de semana y media, pasa de justificarla -“Asturias necesitaba ser tratada con una dureza ejemplar”- a condenarla -“se está haciendo lo mismo que hacen los rojos. Me parece un error, un tremendo error. No es humano, no es cristiano”. Es la prueba palpable de las contradicciones que debieron rondar las mentes de muchos que, como Posada, pensaban que el castigo a los “enemigos de España” tenía unos límites que no convenía sobrepasar.

La mezcla de sentimientos que experimentó Carlos Posada hizo que sus palabras arrojasen mayor pesimismo y angustia por la tragedia que agitaba España. Sin embargo, su encierro en la prisión de Ondarreta –narrado en el sexto cuaderno– le marcó el resto de su vida. Sus escritos siguieron refiriéndose a los “crímenes” de los “rojos” y mostrando su adhesión al bando rebelde. Pero la estancia en prisión le hizo sentirse desengañado: nunca más confiaría en la justicia franquista. De este modo, en los últimos coletazos de la guerra, Carlos González Posada es un hombre abatido, que divisa un oscuro porvenir para su amada Patria: “vamos a vivir muchos años en régimen de arbitrariedad, de inseguridad y de persecuciones”. Sabía que se avecinaban tiempos difíciles y acertaba al imaginar la España de posguerra: “no habrá español que no tenga sobre su conciencia o un delito de sangre, o un robo, o ambos a la vez”. Sus últimos cuadernos reflejan la alegría por el cese de las hostilidades, pero también el rechazo a los “desmanes” cometidos por ambos contendientes. Aunque siempre es consciente del bando al que pertenece, las últimas páginas del diario nos presentan a un Posada que desea caer en el olvido, sobrevivir y que, en ningún modo, quiere que su país se vea envuelto en nuevos conflictos.

El *Diario de la Revolución y de la guerra* es un testimonio excepcional. En él, tienen cabida las facetas más profundamente humanas de una persona que van mutando merced a la sucesión imparable de acontecimientos que conlleva una guerra. Posada refleja en sus escritos esperanzas, miedos, pasiones, apelaciones a la violencia, preocupaciones, lamentos, gritos desesperados y desilusiones. Muestra en su persona idénticas o semejantes emociones a las que debieron sentir muchos otros ciudadanos. Gente que estaba convencida de que la revolución comunista podía hacerse con España en cualquier momento y que había que impedirlo a toda costa. Hombres y mujeres católicos que veían sus creencias amenazadas por las hidras del laicismo y

el anticlericalismo. Españoles, en fin, que creían que era necesario un gobierno fuerte que aniquilara, al precio que fuese, cualquier brote de conflictividad que enturbiara el orden y la paz de la nación. Todos ellos, como Posada, compartieron actitudes contradictorias y diversas que hicieron cundir en su pensamiento la desesperanza y el deseo de olvidar cuanto antes una tragedia de la que, sin embargo, tenían muy claro quiénes eran los culpables.

Claudio HERNÁNDEZ BURGOS
Universidad de Granada

HALL, Stuart y JEFFERSON, Tony (eds.): *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de Posguerra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2014, 416 pp.

Esta obra, pionera de los estudios subculturales, apareció publicada en 1975, como los números 7 y 8 de la serie *Working Papers in Cultural Studies*. Era un trabajo colectivo que daba cuenta de los esfuerzos del *Sub-Cultures Group* del *Centre for Contemporary Cultural Studies* de Birmingham (CCCS o Escuela de Birmingham), junto a colaboraciones de estudiantes ajenos a este grupo de investigación (Paul Willis entre otros), e incluso de autores que no llegaron nunca a pertenecer al CCCS, como Simon Firth o Paul Corrigan. Editado ahora en castellano, tantos años después, es preciso tener en cuenta esta circunstancia al dar noticia de la publicación.

El texto recoge una serie de líneas de trabajo en curso en el momento de su publicación, y de ahí provendría la frescura (en aquel entonces) de algunos de sus planteamientos teóricos. Constituye un reflejo fiel de la praxis de reflexión colectiva del CCCS, de ahí su naturaleza algo “laxa” y su estructuración en capítulos temáticos, lo que hace muy valiosa la inclusión en este momento del prefacio “Retorno a *Rituales de Resistencia*”, escrito a treinta años de la aparición de la obra y un útil comentario a la misma, imprescindible para muchos lectores no especializados en *cultural studies*, al dar razón de aquel contexto teórico de gestación tanto como de los debates generados después.

La obra puede entenderse como arranque de los estudios *subculturales*, antecedentes a la labor del CCCS. Fueron los miembros de la Escuela de Chicago, pioneros en la sociología urbana, los que acuñaron el término “subcultura” y desarrollaron un importante corpus bibliográfico dedicado a los jóvenes y sus bandas, como *The Gang. A Study of 1313 gangs in Chicago* (1926) de Frederick Thraser. Esta corriente tendría nuevas aportaciones en décadas posteriores, como el libro de William Foote Whyte, de la que se conoce como “Segunda Escuela de Chicago”, *Street Corner Society* (1943), donde incorpora la observación participante para estudiar las formas de asociación de los jóvenes de Boston. Algunos de los supuestos contenidos en este